

La medida del odio

Ensayo de una crítica (¿romántica?) al terror poliamoroso de Brigitte Vasallo

Lucas Maya Correa

(Medellín, 1981), Filósofo, lucas.maya@udea.edu.co

1

“Si buscas, miserable, qué medida establecer para mi odio, toma como modelo a mi amor”¹. Esta es la advertencia que Medea, la princesa y hechicera de Cólquide, le hace a la anciana esclava que la acompaña desde niña y que, temerosa, intenta calcular la magnitud de la venganza que su ama prepara contra Jasón, quien, tras varios años de matrimonio con ella y dos hijos en común, ha decidido abandonarla para casarse con Creusa, la hija de Creonte, rey de Corinto.

De acuerdo con esta advertencia, y teniendo en cuenta que Medea, por amor a Jasón, había llegado al punto de renunciar a su reino, traicionar a su pueblo y desmembrar a su hermano, entre otras cosas, no parece exagerado afirmar que el odio de la princesa hechicera hacia su marido es un odio *sin medida*.

Es por esto que, mediante una fascinante metáfora: “Parida, ya está parida la venganza, yo la he parido”², Medea expresa su deseo de hacerle daño a Jasón asesinando, no solo a su *rival* y al padre de esta, sino también y, sobre todo, a sus dos pequeños hijos.

A la princesa y al rey corintios los asesina enviándole a ella, como regalo de bodas, un vestido, un collar y una corona envenenados que, en cuanto la muchacha se los prueba, un fuego inextinguible la consume de adentro hacia afuera y lo arrasa todo a su alrededor.

A los niños, por su parte, les corta el cuello —o les atraviesa el pecho— con una espada; al primero, en el interior de la casa, a la vista solo de su hermano; y al segundo, en el exterior, a la vista de un impotente Jasón.

Que *la medida del odio es directamente proporcional a la del amor* es una premisa que, sin duda, se encuentra en la base de la estructura dramática y del trasfondo ideológico de la *Medea* de Séneca; esta premisa se apoya en la teoría aristotélica de las emociones —teoría que el filósofo y poeta estoico en parte admite y en parte rechaza— y se enmarca dentro de una reflexión más amplia sobre la vulnerabilidad del ser humano a la fortuna y a los demás^{3 4}.

Según dicha teoría, cuando amamos, le atribuimos al otro valor o importancia dentro de nuestra vida —no solo a causa de aquello que obtenemos por mediación suya, sino también a causa de lo que es en sí mismo—, lo cual explica la intensidad de la dicha y del sufrimiento que experimentamos en relación con él, pues, de lo contrario, su presencia o ausencia, su aceptación o rechazo, su *fidelidad* o *infidelidad*, su beneficio o perjuicio, nos serían indiferentes.

Debido a que ese otro posee una voluntad propia y está inmerso en el mundo de la contingencia, del cambio, el que nuestro amor sea correspondido o no por él, y el que la relación entre ambos llegue a desarrollarse sin obstáculos y a perdurar en el tiempo, son todas cosas que se nos escapan de las manos, ya que ni el más afortunado y constante de los amores podría, en última instancia, evitar la muerte de alguno de los individuos.

El amor —la atribución de valor o importancia al otro dentro de nuestra vida— nos hace, por lo tanto, todavía más vulnerables de lo que ya somos a la fortuna y a los demás y, entre las *amenazas* que, debido a él, más hondamente pueden alcanzarnos se encuentran, por supuesto, la *ira* y el *odio* que experimentamos cuando el otro nos es *infiel*.

La *Medea* de Séneca nos muestra estas amenazas hechas realidad y, de esta manera, nos enfrenta al dilema de que, al amar, nos hacemos tanto más vulnerables a la fortuna y a los demás en cuanto mayor es la intensidad de nuestro amor, es decir, en cuanto mayor es el valor o la importancia que le atribuimos al otro.

En vista de la popularidad y el auge recientes del *poliamor*, interpretar esta tragedia a la luz del que, al parecer, es el actual texto de referencia en Hispanoamérica al respecto: *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso*⁵, de la activista y filósofa feminista Brigitte Vasallo (Barcelona, 1973), resulta, cuando menos, un ejercicio *tentador*.

La tragedia de Séneca no solo nos ofrece una representación estremecedora del tipo de amor cuya latente violencia tanto tememos y Vasallo tanto critica en su ensayo, sino que, además —y precisamente gracias a esa representación—, la obra nos permite examinar mejor las bases teóricas del *terror poliamoroso*.

2

Para Vasallo, puede decirse, la premisa que subyace a la advertencia de Medea —*si buscas, miserable, qué medida establecer para mi odio...*—, la premisa de que la medida del odio es directamente proporcional a la del amor es, simple y llanamente, falsa, ya que, asegura la activista y filósofa feminista, entre estas dos emociones no existe, necesariamente, ninguna relación:

El amor y el odio ni son lo mismo ni son opuestos, sino que son paradigmas relacionales distintos, vasos no comunicantes que, contra todo pronóstico y para nuestra desgracia, hemos logrado comunicar. Vengo repitiendo que todo contiene todo, y lo mantengo: estos universos emocionales forman parte de nuestro todo, forman parte de nuestro espectro, pero la manera en que los combinamos es otra cuestión.⁶

Dicha premisa sería, pues, producto de lo que Vasallo llama el “sistema de pensamiento monógamo”, un mecanismo de control social que opera sobre nuestros afectos y nuestra sexualidad y cuya función es “privilegiar” el modelo de pareja heterosexual reproductora:

El sistema monógamo dictamina cómo, cuándo, a quién y de qué manera amar y desear, y también qué circunstancias son motivo de tristeza, cuáles de

rabia, qué nos duele y qué no. [...] El sistema monógamo genera una estructura jerárquica que sitúa en lo más alto de la escala los vínculos reproductivos, la pareja heterosexual, si queremos simplificarlo así.⁷

Las bases sobre las que se apoya este sistema, explica la activista y filósofa feminista, son: uno, “la romantización de los deseos y los afectos”, que sostiene “toda la estructura de co-dependencia reproductora entre los hombres® y las mujeres®”; y, dos, el “mandato” capitalista de la “exclusividad” sexual y afectiva, del que se deriva el carácter “identitario”, “jerárquico” y “confrontacional” del pensamiento monógamo:

La positivación de la exclusividad [...] alimenta tres constantes en nuestro imaginario: la primera, el concepto de supremacía, de tener o ser algo que el resto del mundo desea ser o tener; la segunda, la positivación del poder que nos confiere esa situación, que viene de la positivación del poder mismo [...]; y la tercera, consecuencia de todo ello, la competitividad.⁸

Desde esta perspectiva, la ira y el odio que experimentamos cuando el otro nos es *infiel* se explican, no por el hecho de que algo a lo que le atribuimos valor o importancia en nuestra vida —la relación con el otro— ha sufrido un daño —pues, en realidad, no habría sufrido daño alguno—, sino por la transgresión que ello representa para el mandato de la exclusividad —que es lo que nos induce a pensar que sí lo ha sufrido—:

El pensamiento monógamo, no lo olvidemos, es sustitutivo: desear a alguien nuevo significa de alguna forma dejar de desear a la persona a quien deseabas previamente o, como mínimo, matiza ese deseo. Es, de nuevo, la estructura piramidal: para que alguien más llegue a la cumbre, hay que desocupar la cumbre, descender o ensancharla, con lo que pierde exclusividad y, por lo tanto, valor. [...] Así, tener varias relaciones simultáneas, o desear a varias personas, está extremadamente penalizado por todo este imaginario que, inmediatamente, aplica las ideas de maltrato, descuido, indiferencia, desamor, dejadez y banalidad a esas relaciones. [...] Partiendo de estos lodazales, cualquier idea de generar amores inclusivos es automáticamente desestimada. Si la exclusividad tiene todas las virtudes, tanto la diversificación como la inclusividad tienen todos los defectos. Y no solo son indeseables, sino imposibles. Tanto diversificar como incluir solo pueden conducir al dolor y a la destrucción.⁹

¹ Séneca, *Medea*, versos 397, 398.

² *Ibid.*, 26.

³ Aristóteles, *Sobre el alma* (Gredos, 1978-1983), *Ética nicomáquea* (Gredos, 1985), *Política* (Gredos, 1988) y *Retórica* (Gredos, 1999).

⁴ Martha Nussbaum, *La fragilidad del bien* (Machado libros, 1986).

Martha Nussbaum, *La terapia del deseo* (Paidós, 1994).

Martha Nussbaum, *Paisajes del pensamiento* (Paidós, 2001).

⁵ Brigitte Vasallo, *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso* (La Oveja Roja, 2018).

⁶ *Ibid.*, 191. Véase también 166.

⁷ *Ibid.*, 32, 33. Véase también 13, 26, 27, 28, 29, 60, 93, 110.

⁸ *Ibid.*, 47. Véase también 28, 31, 42, 43, 75, 80, 93, 121, 133.

⁹ *Ibid.*, 49, 50, 51.

Nada detiene a Medea, pero tampoco nada la satisface. Su deseo de venganza es *incontenible e insaciable*: “ligero es el dolor que puede entrar en razones y mantenerse oculto”¹⁰, le dice a la anciana esclava que le aconseja prudencia.

“Nunca cesarán mis locas ansias de venganza, sino que crecerán siempre”¹¹, asegura más adelante, cuando esta misma mujer, adivinando ya el alcance de sus intenciones, le suplica desistir.

“Por si en mi vientre de madre se oculta todavía alguna prenda de nuestro amor —le dice finalmente a Jasón antes de degollar al último de sus hijos—, escrutaré con la espada mis entrañas y con el hierro lo echaré fuera”¹².

Sin embargo, el que la princesa hechicera odie sin medida a Jasón sería consecuencia, no de que lo haya amado igualmente sin medida en el pasado, sino de la enajenación a la que el sistema nos somete:

no tenemos imaginario para la positivación del hecho de estar enamorada de alguien que se enamora también de otra persona. No tener un imaginario construido ni experiencias positivas incorporadas hacen extremadamente difícil la vivencia, porque todo el entorno, todos los mensajes que llegan de todas partes convergen en el hecho de que en esta situación no puedes estar bien.¹³

Así pues, a la luz del terror poliamoroso, no podemos menos que sospechar de la *Medea* de Séneca y de Séneca mismo.

Al estructurar la acción con base en la premisa de que la medida del odio es directamente proporcional a la del amor —premisas cuya validez, como acabamos de ver, Vasallo niega al negar toda relación necesaria entre estas dos emociones—, la obra es perfectamente funcional para el sistema de pensamiento monógamo.

Se trataría, en efecto, de uno de los innumerables productos culturales con los que, a lo largo de la historia, el sistema viene “inoculándonos” su mandato.

3

¿Qué tan convincente es el terror poliamoroso? A decir por su popularidad, mucho —Paidós acaba de reeditar el ensayo bajo el título, menos radical ya, de *El desafío poliamoroso*¹⁴—; a decir por su argumentación, nada.

Si se quiere llevar a cabo una “revolución afectiva”, si se quiere sostener la *promesa* de que es posible “follar más y enamorarnos simultáneamente de más personas sin que nadie se quiebre en el camino” —y, nada más ni nada menos, esto es lo que la activista y filósofa feminista quiere¹⁵—, no basta con insistir en que la concepción que relaciona necesariamente el odio con el amor es una “construcción social” ni con calificarla de “perversa” —*capitalista, heteronormativa, patriarcal, colonialista, racista...*—, que es, finalmente, a lo que se limita Vasallo teniendo en cuenta que deja intactas las *definiciones* de odio y de amor que están en la base de esta concepción.

Porque, a pesar de lo que la activista y filósofa feminista cree, ni la romantización de los afectos ni el mandato capitalista de la exclusividad pueden ser los “cimientos” sobre los que se apoya esta concepción; y no pueden serlo no solo porque —como nos lo recuerda la antigüedad del mito de Medea— el problema de la *infidelidad* se remonta a épocas prerrománticas y precapitalistas, sino también porque el llamado “amor romántico”, lejos de hacer parte, como afirma Vasallo, de un sistema de pensamiento que busca imponer el sexo reproductivo y el matrimonio como institución, históricamente surge, de hecho, como oposición directa a ambas prácticas, al punto de consistir, a veces, en una forma de *ascetismo*^{16 17}.

Son las definiciones de odio —*deseo de venganza contra quien ha causado un daño a aquello a lo que se le atribuye valor o importancia*— y de amor —*deseo de aquello a lo que se le atribuye valor o importancia*—, las que están en la base de la concepción en cuestión, en su *subsuelo*, por debajo incluso de la romantización y de la exclusividad.

Toda la violencia latente en el amor, tal como la hemos concebido y experimentado por siglos, se puede *advertir, explicar y representar* de manera lo suficientemente *clara, coherente y satisfactoria* —tanto si lo que se quiere es elogiarla como si lo que se quiere es censurarla— a partir solo de estas dos definiciones; son estos los cimientos que, por lo tanto, el terror poliamoroso tendría que *socavar*, independientemente de si es cierto o no que detrás de ellos se encuentra un sistema de pensamiento perverso, pero con mayor razón aun si así es.

Por supuesto, la exclusividad sexual y afectiva está —al igual que el odio con el amor— en relación de proporción directa con el valor o importancia que se le atribuye al otro: *si buscas, miserable, qué medida establecer para la exclusividad de los amantes, toma como modelo la medida en la que se consideran necesarios, suficientes, únicos e irremplazables el uno para el otro*, podría decirse parafraseando a la princesa hechicera.

Pero no es la exclusividad lo que nos obliga a atribuir valor o importancia al otro, sino al revés, y esto es algo que la misma Vasallo, aunque contradiga con ello el resto de su planteamiento, admite abiertamente: “Tan exclusiva puede ser una mansión en los barrios ricos como la gonorrea”¹⁸. Solo aquello a lo que ya le atribuimos valor o importancia lo deseamos con exclusividad.

Por otra parte, la *intensificación* del amor a través de la exclusividad sexual y afectiva, pese a aumentar, a su vez, nuestra vulnerabilidad a la fortuna y a los demás, nuestra vulnerabilidad a la ira y al odio por causa de una (¿inevitable?) *infidelidad*, parece deseable por sí misma: “Quiero vivir intensamente, porque tampoco sé vivir de otra manera”¹⁹, dice Vasallo, aunque parezca Medea.

De ahí que, según el balance que la misma activista y filósofa feminista hace del estado actual del poliamor, los problemas relacionados con los celos, la ira y el odio no desaparezcan con la eliminación de la exclusividad, sino que se multipliquen con la cantidad de los amantes y, además, se sumen, de entrada, problemas relacionados con la *intensidad*: “En la práctica, desgraciadamente, en infinidad de ocasiones es cierto: la multiplicidad implica maltrato, descuido, indiferencia, desamor, dejadez y banalidad”²⁰.

Ingeniería administrativa de los afectos —“sostenibilidad de los placeres”, “gestión de los celos”—, más que *terror* o *desafío*, el poliamor de Vasallo niega sin argumentos, o ignora, que la medida del odio es directamente proporcional a la del amor, pero esta premisa, como lo advierte Medea, no se puede negar tan fácilmente, e ignorar —como lo saben los amantes—, mucho menos.■

¹⁰ Séneca, *Medea*, 155, 156.

¹¹ *Ibid.*, 406.

¹² *Ibid.*, 1012, 1013, 1014, 1015.

¹³ Vasallo, *Pensamiento monógamo*, 30. Véase también 43 y 44.

¹⁴ Brigitte Vasallo, *El desafío poliamoroso* (Paidós, 2021).

¹⁵ Brigitte Vasallo, *Pensamiento monógamo* (Paidós, 2018), 31.

¹⁶ Denis De Rougemont, *Amor y occidente* (Leyenda, 1945).

¹⁷ Georges Bataille, *El erotismo* (Tusquets, 2010).

¹⁸ Vasallo, *Pensamiento monógamo*, 45.

¹⁹ *Ibid.*, 208.

²⁰ *Ibid.*, 50. Véase también 15, 31, 62, 73, 74, 82, 83, 146, 147, 151, 170, 179, 180.